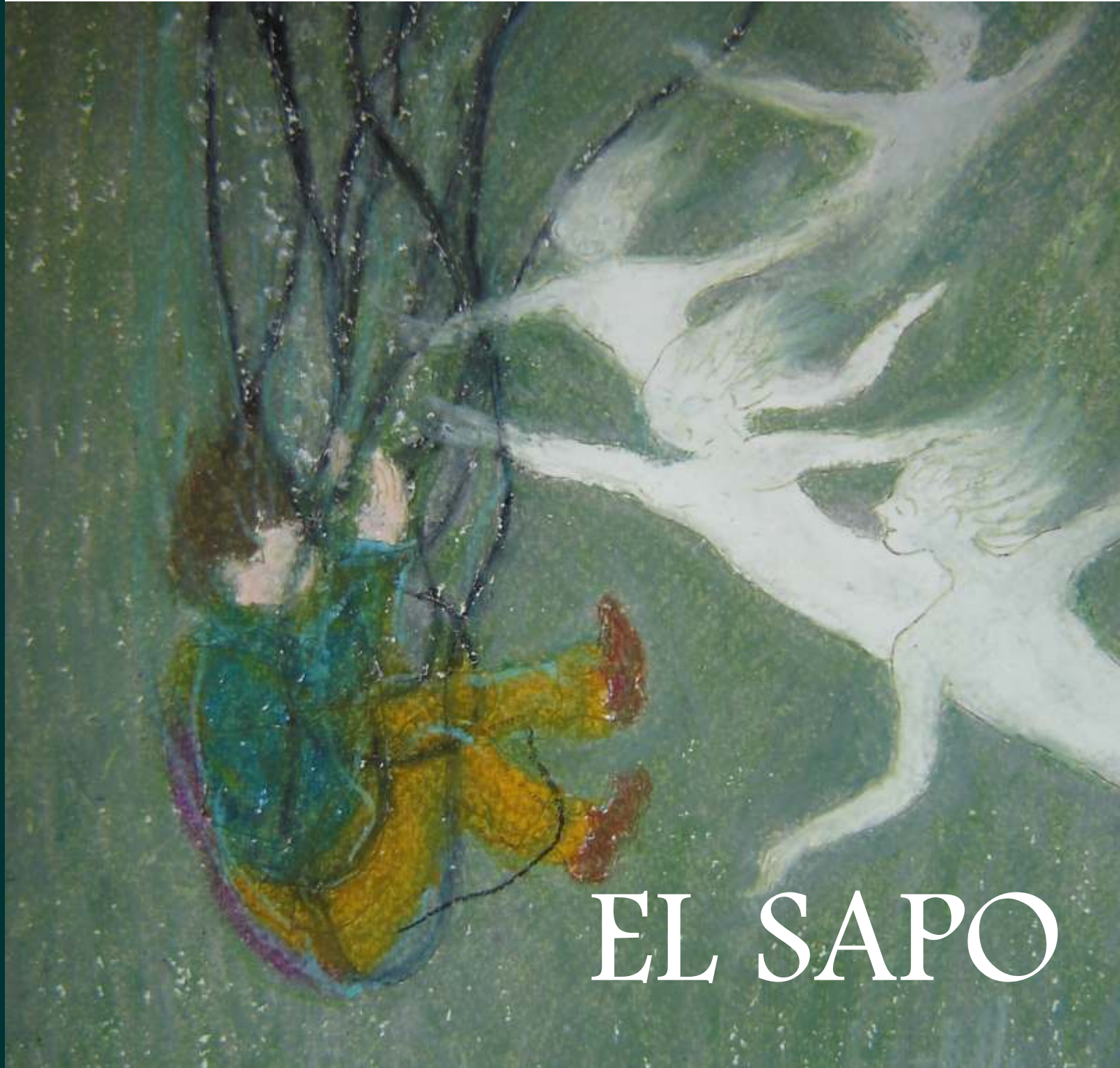


CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



# EL SAPO

Fernando Olavarría Gabler

60



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,  
all content is made available  
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.  
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

# EL SAPO

Fernando Olavarría Gabler



Esta no es una historia de batracios sino una triste historia humana, relacionada con la inteligencia del hombre y sus ansias de perfección, alejándose de Dios y de las cosas simples que Él creó para deleite de todos nosotros.

Llegó un día en que nadie quiso o no tuvo tiempo de apreciar las nubes al atardecer, ni el perfume de las flores, ni la fresca brisa marina aspirada desde un roquedal. No. No había tiempo para ello. Pero ¿cómo se llegó a esta situación del vivir ya insostenible y quién luchó contra la pesadilla forjada por el hombre moderno, esclavo de las computadoras? ¿Quién fue? ¿Quién trató de librarse de esto?

El Sapo.

El Sapo era hijo único de una mujer del pueblo cuyo nombre era Susana. Susana corazón de rana. Así le decían sus amistades y los vecinos de su modesta casa donde vivía esta mujer con su hijo, en una población que una gran empresa comercial había construido para sus obreros y familias.

Susana poseía una ancha boca dotada de una sonrisa perenne y sus grandes ojos redondos y algo saltones daban un buen convencimiento para que su corazón fuera de batracio. Aún más, en sus quehaceres domésticos se acaloraba fácilmente, terminaba con rapidez sus labores e iba presurosa dando brincos hacia el baño a darse duchas frías. Las repetía varias veces en el día y después de cada una de ellas se quedaba inmóvil al sol sin secarse con la toalla.

Su piel brillaba, cubierta de goterones desde la cara hasta sus hermosas y bien contorneadas piernas.

Allí permanecía desnuda dormitando en el pequeño patio de su casa hasta que se le secaba la piel y nuevamente “saltaba” a darse otra ducha.

En otras ocasiones, mientras corría los muebles durante la limpieza de su comedor en el hogar, se quedaba mental y físicamente inmóvil, como en un trance; permanecía largo rato con los ojos abiertos, sin pestañear, afirmada en uno de los muebles de la habitación. Luego respiraba pausadamente y pensaba en lo que tenía que hacer ese día o qué almuerzo le iba a tener a su hijo o recordaba a su marido, ausente tantos años de la casa. ¿Qué sería de él? Rememoraba su última frase en esa mañana primaveral: “Voy a comprar cigarros” -dijo, y nunca más volvió. Nada supo de él ¿estaría muerto? ; ¿o estaría viviendo con otra mujer?

Su hijo, Beltrán Pancracio, bastante moreno y pequeño de estatura, era cabezón y con un negro pelo corto siempre engominado. Por su aspecto, su simpatía y por su andar a pasos breves debido a sus pequeños pies, los compañeros de escuela le habían apodado el “pirigüín”. Desde muy pequeño era aficionado a toda clase de deportes, especialmente los acuáticos. En los veranos, su madre lo llevaba a las tierras de sus abuelos, unos campesinos que vivían en las orillas del río Tinguiririca, y allí, en esos remansos el

niño aprendió a nadar por encima y debajo del agua con una habilidad tal que provocó la admiración de todos sus parientes. Era impresionante cómo el niño podía nadar a la perfección sin que nadie le hubiere dado clase alguna de natación.

Cuando el “pirigüin” llegó a la pubertad y se le alargaron las piernas en forma exagerada, sus compañeros de curso le pusieron el sobrenombre de guarisapo y ya crecido, sus amigos y ex compañeros de escuela se cansaron de nombrarlo con la sílaba previa “guari” y lo llamaron Sapo. Así de simple.

Cuando Beltrán Pancraccio tuvo que hacer el Servicio Militar, fue enrolado en la Marina y pasó como voluntario a formar el grupo de los buzos tácticos. Allí aprendió muchas cosas y sobresalió entre sus camaradas de armas por su resistencia impresionante en la inmersión en aguas profundas y frías y su habilidad para nadar. Tal fue así que obtuvo varios premios tanto de natación como en salto en paracaídas en las olimpiadas de las Instituciones Armadas.

Después de cumplir con las obligaciones militares, no me es entretenido relatar con detalles todas las actividades que tuvo el Sapo para ganarse un sueldo. Actuó de salvavidas durante el verano en las playas, recogía monedas en las profundidades de las aguas en los muelles donde estaban atracados los buques con turistas, etc... Pero ganarse el sustento era cada vez más difícil y la vida cambiaba, evolucionaba, quizás adónde. Una de las últimas actividades en que

lo vi, fue en un paradero de autobuses. Parecía atisbar a cada microbús que llegaba hasta allí. Se acercaba al chofer y con gestos que hacía con las manos, similares al lenguaje de los sordomudos, con palabras misteriosas, que solamente comprendían el chofer del bus que había llegado, le comunicaba al chofer la posición exacta donde se encontraba en el recorrido del vehículo, su retraso en el horario, qué bus iba adelante, etcétera. El microbús partía y el Sapo, después de recibir una propina, estaba nuevamente atisbando hacia el final de la calle al siguiente bus que se aproximaba.

El Sapo era apreciado por los choferes de microbuses y era aceptado en las reuniones del Sindicato como “uno más de la familia.”

En estas reuniones se hizo amigo de varios personajes que influenciaron en su vida. Uno de ellos era un chofer llamado “el Cura” y otro, por su afición a las drogas lo apelaban “el Lápiz Pasta”.

El Cura y el Lápiz Pasta eran buenos amigos. Los fines de semana se reunían en una fuente de soda a conversar y a tomar cerveza. En otras ocasiones cuando no había dinero, se reunían en la casa del Cura. Allí departían alegres como buenos amigos y conversaban de muchos temas, todos ellos entretenidos: De mujeres, de política, del sindicato y también de religión.

El Cura era muy religioso(de ahí el sobrenombre) y siempre trataba de llevar la conversación a ese ángulo para influir en sus



compañeros, porque el Sapo era ateo y con respecto al Lápiz Pasta, no perdía la esperanza de convencerlo de que se librara de sus vicios.

-Yo no creo en Dios ni en tus curas- comentaba el Sapo, con un vaso de cerveza en la mano. Todo eso son inventos de los hombres. Dime una cosa, Cura, los hombres simples, los hombres primitivos siempre recurren a la magia, a la hechicería, o a diferentes ídolos inventados por ellos, pero nunca, que sepa yo, han creado un dios único, hacedor del universo y de todos nosotros.

-Te equivocas querido Sapo- le respondía el bondadoso anfitrión.

Has de saber que antes que Colon descubriera América, mucho antes, algunos hombres primitivos creían en un Dios único.

-Y, ¿quiénes eran éstos? Preguntó el Sapo con un gesto algo despreciativo y demostrando incredulidad.

-Eran los onas o los selk´nam- respondió el Cura.

Eran hombres altos y fornidos. Verdaderos gigantes. Eran capaces de curvar sus arcos de dos metros de alto que usaban en la caza de guanacos y otros animales silvestres. Su religión era muy antigua y se calcula en más de diez mil años. Se considera que es la religión monoteísta más antigua del mundo. Creían en un Dios único que por veneración no le pusieron nombre; “el que no se nombra”, lo llamaban. También lo nombraban como, “el que está más allá de las estrellas”.

Sus muertos habitaban en “la Isla Grande”, ella estaba situada dentro del cielo y era una réplica de la isla donde vivían.

Podríamos decir que estas tribus eran monoteístas antes que el pueblo judío, los cristianos y los musulmanes.

-Asombroso- murmuró el Lápiz Pasta que venía llegando de una ensoñación.

-Ellos- Lápiz- no ingerían droga alguna- dijo el Cura- pero fueron exterminados por el alcohol que trajeron los blancos. Con las ovejas, trajeron sus vicios y sus enfermedades.

Los onas fueron desplazados y arrasados sus cotos de caza. Como no había guanacos, cazaron ovejas y como cazaban ovejas, los cazaron a ellos y los exterminaron.

-Lamentable- murmuró el Sapo. Pero alguien se habrá salvado, se casó con una blanca y tuvieron hijos mestizos.

-Probablemente- dijo el Cura. Quizás algún ciudadano de Punta Arenas lleva sangre ona en sus venas y no sabe.

-Y como eran buenos para estirar sus arcos, ahora son buenos para “empinar el codo” -repuso el Lápiz con un comentario jocoso que hizo sonreír a los otros dos.

Las cosas iban de mal en peor. El Cura, el Sapo y el Lápiz estaban cesantes.

Los microbuses habían dejado de circular en las calles de

Santiago porque una empresa extranjera había llegado al país, contratada por el Gobierno. Estaba especializada en “movilización colectiva” y había instalado en todas las avenidas principales de la ciudad unas largas y anchas cintas movibles que funcionaban a base de rodillos y que transportaban a la gente de pie sobre ellas. Se entraba por el borde de una polea de lento andar y el usuario podía cambiarse a poleas más veloces que corrían en el centro hasta alcanzar una velocidad de transporte bastante apreciable de sesenta a setenta kilómetros por hora.

Como la gente no tenía experiencia en cambiarse de una polea a otra, muchos de ellos perdían el equilibrio y se caían provocando la risa de los demás, pero era esto tan común que la gente dejó de reírse al igual que nadie se ríe de alguien que se cae al perder el equilibrio en una cancha de esquí.

Los niños y adolescentes aprendieron rápido. Saltaban de la polea más lenta a la más veloz con gran agilidad y luego se sentaban con las rodillas fleccionadas en la cinta del centro que iba a gran velocidad.

Todo esto era gratis y placentero.

Algunos empleados iban leyendo el periódico, de pie en una de las cintas mientras se dirigían a la oficina.

Pero el Sindicato de Autobuseros no encontraba nada de gracioso todo esto. Protestaron y trataron de romper las cintas.

Esfuerzo inútil, el material era muy resistente a todo tipo de daño incluyendo el fuego, además, las nuevas instalaciones estaban vigiladas por la policía del tránsito que se había destinado a esta nueva actividad.

Una delegación, presidida por el Sapo, fue a dialogar con el Ministro de Transportes, pero no fue recibida. En la antesala, mientras esperaban, tuvieron conocimiento que su petición había sido rechazada, y cuál era esta petición: Se pedía que el Sindicato de Autobuseros fuese contratado para manejar y cuidar las máquinas de las cintas móviles, pero la maquinaria instalada no necesitaba obreros, todo era manejado y controlado por computadores y unos robots actuaban en las labores de mantención y otras cosas más.

Paulatinamente las actividades más importantes del país, tanto las empresas estatales como las privadas, fueron reemplazadas por máquinas controladas por computadores, por robots etc...

Así, la cesantía fue en un aumento alarmante. Los empleados bancarios se fueron a sus casas, también los de las compañías de teléfonos. Los restaurantes con sus programas de autoservicios, cocinas automáticas y lavadoras de la misma índole echaron a la calle a los que trabajaban en ese tipo de rubro. Los programas de televisión eran procesados y lanzados a las pantallas mediante mecanismos en los cuales intervenía solamente un ser humano. Los gigantescos buques mercantes eran guiados por dos hombres de

mar. Todo lo demás se activaba, controlaba y dirigía electrónicamente. Los viajes aéreos, igual cosa. El avión despegaba y llegaba a su destino con ausencia de pilotos. Un robot con la forma de un pequeño carro servía alimentos a los pasajeros, retiraba las bandejas usadas y era capaz de hablar en cualquier idioma o dialecto que existiera en el mundo, pero sin simpatía ni calor humano.

La cesantía era general. Era mundial. Los primeros que habían protestado fueron los autobuseros de Santiago de Chile, y su líder era el Sapo.

El Sapo y una delegación de otros gremios cesantes fueron invitados por el Presidente de Desocupados de Estados Unidos de Norte América a una reunión cumbre.

Cada delegado metió un ticket en una máquina que había en el aeropuerto. El ticket había sido enviado por fax desde la Nación del Norte. Entraron a un avión que voló a Estados Unidos. En el vuelo, que duró escasas horas, los pasajeros no se contactaron con ser humano alguno.

Fueron recibidos en Nueva York por el Presidente del Sindicato de Desocupados y sus asesores.

Mientras viajaban en cintas móviles hacia la sede del Sindicato, el Sapo observó que dentro de la comitiva que los recibía, había varios asesores que habían sido gerentes de importantes empresas. Al preguntarles el por qué de su presencia en este

movimiento, respondieron que la evolución de las computadoras y otras maquinarias electrónicas había llegado a tal perfección que en la mayoría de las empresas ya no existían seres humanos, ni siquiera un gerente y esa era la razón por la cual estaban ahí.

Las hordas de cesantes -dijeron- han recorrido las avenidas de la ciudad saqueando el comercio y destrozando todo lo que encuentran a su paso pero están siendo repelidas por robots indestructibles que ya han dominado el caos reinante.

Uno de los que conversaba con el Sapo era de origen mejicano y hablaba con fluidez el español.

El Sapo y su delegación fueron recibidos con aplausos y grandes manifestaciones de aprecio ante un público formado por miles de personas de todas edades, razas y categorías sociales. Las esposas y los hijos de las agrupaciones sindicales estaban presentes, también las delegaciones de Europa, Asia, Africa y demás continentes como Australia y la Antártica.

Se llegaron a varios acuerdos:

El emblema de su movimiento estaría simbolizado por un simple arado, como esos que usaban sus antepasados para hender la tierra con la ayuda de un caballo. Ese arado simple, grabado en las insignias y en sus banderas, representaba el ideal de volver al trabajo, al trabajo simple, artesanal, en contacto pleno con la naturaleza. Un símbolo que significaba goce de la vida, esfuerzo y

desprecio por el afán de hacer las cosas rápidas y cada vez más eficientes.

También se ordenó una movilización general para destruir cuanta máquina electrónica se encontrara al alcance.

Las tareas principales en los próximos años eran: Recolección de semillas con la mano, plantación de éstas y cosecha sin herramientas. Usar leña para mantener fogatas que servirían de cocinas, ollas de barro cocido, etcétera, etcétera. Todo hecho a mano, sin maquinaria alguna.

Hubo una hora de descanso y el Sapo aprovechó para recorrer las calles vecinas al edificio sindical.

Pudo observar con asombro y temor cómo unos gigantescos robots metálicos y de forma humana vigilaban las calles. Sus cabezas poseían fuentes de luz de diversos colores que se encendían y apagaban intermitentemente.

Más allá vio una larga fila formada exclusivamente por hombres adultos. El intérprete que lo acompañaba le explicó que eran Centros de Esterilización Masculina. Una máquina efectuaba una rápida e indolora obstrucción de los conductos deferentes mediante rayos láser. Esta operación ambulatoria que duraba escasos segundos, provocaba la esterilidad definitiva del hombre. Se trataba de una empresa china que se había instalado recientemente en Nueva York, con gran éxito. Se calculaba que en

doscientos años más solamente habría un millón de habitantes en todo el planeta. Todos ellos serían guiados por un Gobierno Electrónico Superior y Universal que orientaría sus quehaceres diarios.

-¡Pero esto es increíble!- exclamó el Sapo. ¿Quién permitió la llegada de esta empresa?

-Nadie lo sabe -respondió su compañero mejicano-. Pareciera que fue un pequeño grupo de extranjeros asiáticos que actualmente ha desaparecido.

Un extremista, miembro de nuestro sindicato, actuó sin consultarnos y a su propia manera. Raptó a la Embajadora de ese país, exigió rescate y también exigió ser nombrado Ministro Plenipotenciario e Inspector de Embajadas, y así viajó por todo el mundo llevando cautiva a la señora Embajadora, con amarras y bien amordazada dentro de un baúl. La sacaba de su prisión y le quitaba la mordaza solamente una vez al día a la hora de almuerzo y a esa hora aprovechaba para recibir algunos consejos de la experta diplomática y además para que ella se desahogase mediante toda clase de insultos e injurias por la vida de horror que estaba llevando.

Como has de suponer, su gira como Ministro Plenipotenciario duró poco, fue asesinado y la Embajadora liberada.

-En realidad- murmuró el Sapo- el afán de poder en la mente de un psicópata puede dar como resultado anomalías de



comportamiento que es muy difícil de explicar, como es el ejemplo que recién me has contado.

Al día siguiente los jefes sindicales acordaron una gigantesca movilización de protesta. Atravesarían el río Hudson por el puente más importante y llegarían a Manhattan a destruir toda máquina electrónica que estuviere por delante, pero esa misma máquina electrónica que había desplazado y dejado cesantes al Alcalde y al Gobernador de Nueva York, ya había recibido alarmantes mensajes y estaba al tanto de todo lo acordado. Actuó electrónicamente y ordenó a varios robots que pusieran explosivos en el puente para que la multitud enardecida no llegase a la otra orilla si continuaba avanzando.

Temprano en la mañana se agruparon cientos de miles de afiliados y con sus banderas en alto, llevando el símbolo del arado, marcharon gritando consignas contra toda clase de maquinarias automáticas, robots y otras cosas más.

Cuando la gigantesca columna iba en la mitad del puente, explotaron las torres de sus extremos y cientos de miles de incautos se precipitaron a las aguas junto con restos retorcidos de la infraestructura del puente. Nadie se salvó, a excepción de una persona, que al caer de esa gran altura tiró de un cordón y se abrió un paracaídas. Cayó suavemente al agua y presuroso se sacó las correas del paracaídas y también sus zapatos y gran parte de su vestimenta.

Nadó a través de los escombros y muertos; nadó con gran destreza y energía, sin cansarse, durante largas horas. Era el Sapo. Hombre astuto e intuitivo, había pensado que en esa tremenda movilización de gente a lo largo de ese descomunal puente algún accidente podría suceder y a esa gran altura no habría escapatoria posible. Aprovechando las horas libres en el Sindicato, había decidido pasear por los alrededores y al encontrarse con una tienda de comercio donde vendían artículos deportivos, había comprado un paracaídas. Se acordó cuando había hecho el Servicio Militar como comando de buzos tácticos, y sabía muy bien usarlo.

En la marcha hacia el puente, el Sapo había disimulado el paracaídas poniéndose un largo poncho que le llegaba hasta las rodillas y se lo había sacado cuando empezaron las explosiones. Cayó al agua y estaba desabrochándose los tirantes cuando un gran trozo de metal con esquirlas cayó desde el puente y enredó las cuerdas del paracaídas llevándolo hacia las profundidades. El Sapo no se había liberado totalmente de sus aperos y se hundió junto con las cuerdas en las oscuras y tenebrosas aguas. A pesar de su sangre fría ante estos peligros de los cuales había sido entrenado, se dio cuenta de que su resistencia física se había terminado y empezó a ahogarse. Estaba perdiendo la conciencia, entonces vio a unos seres que nadaban hacia él. En un principio pensó que eran cadáveres de sus compañeros que se desplazaban sumergidos en el agua pero se



dio cuenta de que estos seres estaban vivos y nadaban lenta y armoniosamente hacia él. Cuando estuvieron muy cerca percibió que eran albinos de piel y cabello, el iris de sus ojos era totalmente blanco y su dentadura de un desagradable color lechoso.

-¿De dónde vienen ustedes? ¿Cuáles son sus intenciones?- preguntó el Sapo.

-Hemos venido a desatar tus amarras- contestaron sin emitir palabra alguna. Solamente sonreían. Rápidamente libraron al Sapo de sus ataduras. Luego le dijeron telepáticamente, mirándolo con sus ojos de porcelana: ¡Huye! ¡Huye al sur del mundo! ¡Más allá de tu tierra! ¡Es tu única salvación! Luego se desvanecieron en el agua turbia.

El Sapo flotó dificultosamente en un último esfuerzo casi inconsciente y llegó a la superficie. Y así vemos como este resistente Sapo nadó libremente en el agua hasta ganar la orilla después de muchas horas de agotador esfuerzo.

Semidesnudo, chorreando agua y sin zapatos se dirigió a la sede que estaba no muy lejos del puente, cerca del río. Llegó al dormitorio que le habían designado.

Al dormitorio se entraba por una pequeña puerta que estaba en una esquina en el cruce de dos galerías. La puerta estaba en alto y había que subir por una pequeña escala metálica pegada a la pared. En el interior había una sola habitación de techo muy bajo y un

pequeño baño anexo que, al no tener puerta de separación hacía que las paredes estuvieran constantemente mojadas por los vapores de la ducha.

Se tendió el Sapo sobre su lecho, mojado y exhausto por el gran esfuerzo efectuado al nadar durante tantas horas. Allí descansó y se quedó inmóvil, quizás cuánto tiempo... en su dormitorio de poca altura y hermético, como un sapo guarecido debajo de una piedra.

Despertó con unos pequeños golpes en la puerta y unos sollozos de mujer.

Se arrastró hacia la pequeña y única puerta y la abrió. En el pasillo estaba una grácil y menuda mujer morena que lo miraba con los ojos llorosos a través de la apertura de la puerta.

-El mundo se acaba- balbuceó entre sollozos-. He escuchado las noticias y las máquinas nos están destruyendo.

-¿Las máquinas? ¿Qué máquinas?- preguntó el Sapo. ¿Quién eres? ¿De dónde has venido?

-Soy la encargada de la limpieza de estos dormitorios- respondió la niña, algo más tranquila al sentir compañía.

-Todos se fueron al desfile y nadie regresó. Encendí la televisión y vi las escenas de la catástrofe.

¡Qué horroroso!

Diciendo esto la muchacha prorrumpió nuevamente en un

gran llanto.

-Cálmate, cálmate- la consoló el Sapo. Ven, sube al dormitorio, yo te protegeré.

La muchacha trepó temblorosa por la escalerilla de la pared y se introdujo a la habitación del Sapo. Éste le acarició el rostro y la contempló con ternura. Al observarla se dio cuenta de que sus ojos estaban saltones por el miedo y su boca (que no era pequeña) sonrió por primera vez.

Ese rostro le recordó al Sapo a su madre a quién tanto amaba.

-Hablas castellano -comentó el Sapo- ¿dónde naciste?

-Soy portorriqueña- respondió la muchacha.

-Tu familia ¿vives con ella?

-No- dijo la muchacha-. Soy huérfana de padre y madre y no tengo hermanos ni pariente alguno que yo sepa. Vivo sola en esta Sede, un paisano me consiguió el trabajo y ahora todos han muerto, todos se han ido...

-Pero estoy yo para cuidarte- replicó el Sapo. Salgamos de este agujero y comamos algo, tengo mucha hambre y sed después de lo que he tenido que pasar.

-¿Tú fuiste el que se lanzó en paracaídas?- preguntó la niña.

-Sí, yo fui.

-Te vi por la televisión.

-Pero, dime niña, antes de seguir conversando, ¿cómo te

llamas?

-Me llamo Roxana - pero me dicen Rana.

-¿Rana? El Sapo sonrió.

-A mí me dicen Sapo. Ven Rana, mi Ranita. Saltemos de este agujero y vamos a los comedores.

Los dos caminaron por el pasillo y llegaron a la gran sala de autoservicio.

Mientras se alimentaban, con alimentos secos y crujientes como insectos, el Sapo observaba a Roxana con gran ternura. La encontraba hermosa. Sus ojos grandes y sus bien contorneadas piernas eran motivo de atracción para él. A pesar de su pequeña estatura sus pies eran bastante grandes.

-Tus piernas son muy hermosas- se atrevió a decir.

-Así dicen- respondió Roxana. Practico mucho deporte.

-¿Qué clase de deporte?

-Atletismo.

-¿Alguna especialidad?

-Sí. A pesar de mi estatura, soy campeona de salto alto. Salto dos veces más de lo que mido.

-¡Extraordinario! Exclamó el Sapo. ¿Cómo lo haces?

-No sé. Salto no más. Al parecer nací con esas condiciones. Los médicos me han estudiado y no han llegado a conclusión alguna.



Después de una pausa el Sapo rompió el silencio y murmuró: Roxana, tenemos que salir de aquí. Ven conmigo a mi país. He recibido un mensaje cuando estaba debajo del agua, allá en el puente.

-Te seguiré donde vayas, murmuró Roxana presa de una súbita sensación de amor hacia ese hombre que la protegía y le daba ternura.

Corrieron por las solitarias calles tomados de la mano.

No se veía alma alguna. Todo el mundo había desaparecido.

Por altoparlantes se lanzaba cada tres minutos un mando repetitivo: “Todo ciudadano, sea hombre o mujer y de cualquiera edad debe dirigirse a los túneles numerados y entrar sin demora”.

Más que un mando era una orden hipnótica. El Sapo divisó los túneles con su numeración correspondiente sobre el arco de entrada y una fuerza irresistible lo empujaba a entrar.

-¡No les hagas caso! Gritó Roxana tomando con ambas manos el antebrazo del Sapo y tirando con todas sus fuerzas ¡No les hagas caso!, repitió ¡Es una trampa! ¡Se introducen allí y no vuelven más!

El Sapo sacudió la cabeza como si despertara de un estado inconsciente. ¡Ven!- le dijo y echaron a correr hacia el aeropuerto.

Caminaron a intervalos, hasta donde alcanzaban las fuerzas de Roxana, todo el día y toda una noche. Estaban exhaustos. No les extrañó que en el aeropuerto no vieran a ningún ser humano.



Tomaron los pasajes desde una máquina automática que manipularon: Rumbo a América del Sur. Rumbo a Chile. Al sur de Chile. A Punta Arenas.

Estaba nevando cuando aterrizó el avión. Los pilotos robots no habían tenido que actuar. Las computadoras propias del avión lo habían hecho aterrizar a la perfección a pesar de la fuerte ventisca.

Se bajaron. Eran los dos únicos pasajeros y se perdieron por las solitarias calles cubiertas de nieve.

-Tengo mucho frío- murmuró la portorriqueña Roxana.

-No te aflijas, yo te abrigaré. Ya te acostumbrarás a este clima. Diciendo esto el Sapo se sacó su parka y arrebozó a su compañera con cariño, quedando él solamente con un delgado chaleco.



En uno de los canales cercanos a la Angostura Inglesa remaba un hombre en una canoa. Su única acompañante era una mujer menuda que iba cubierta con pieles.

El hombre dejó de remar. Llovía intensamente y hacía mucho frío. De pronto se lanzó desnudo al agua y nadó en la profundidades de las oscuras aguas. Después de largos cinco minutos apareció al

lado de la canoa portando en sus manos almejas, choros y erizos que lanzó al fondo de la canoa. Repitió varias veces las inmersiones con iguales resultados. Después, chorreando agua, subió ágil a la canoa y con su mujer rompieron las conchas y se alimentaron de los mariscos crudos recién pescados.

Una niebla invadió los canales vecinos y llegó hasta donde estaba la canoa. Ambos seres humanos reían y gozaban de la mutua compañía, de la sabrosa comida y del placer de vivir libres, en plena naturaleza totalmente adaptados a ella. En el fondo de la canoa lloraba un niño que fue levantado y amamantado por su madre.

Más al norte, el polvo, los hongos, los líquenes y las telarañas habían invadido una inconmensurable sepultura de máquinas de toda clase. Computadoras, mecanismos electrónicos y todo lo que se pueda imaginar. Continuó cubriéndose toda esa chatarra muerta e insensible, transformada en un cementerio universal, hasta que el polvo y el transcurso del tiempo la hizo desaparecer para siempre.

## Fin



# Otros títulos en esta colección

---

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo

# CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

---

- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura



 **creative commons**



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,  
all content is made available  
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.  
© Fernando Olavarría Gabler.